

La historia de Manú

Ana María del Río

Ilustraciones de Carmen Cardemil



■ El cumpleaños de Manú ■

Manuela Mamani era una niñita aymara que vivía en un poblado del altiplano chileno con su papá, su mamá y doce llamas.

Como era pequeña de porte, nadie le decía por su nombre porque era muy largo. Todos la llamaban simplemente, Manú. Tenía el cabello negro y brillante, muy lacio. Su piel era bronceada y los pómulos salientes. Sus ojos eran oblicuos, negros y muy brillantes.

Manú era muy bonita.

Manú cumplía siete años ese día. Desde temprano sintió a su papá y a su mamá en puntillas por la pieza preparando el desayuno. Hacía mucho frío en las mañanas y el sol brillaba con esplendor. La mamá había puesto pieles de vicuña en las paredes para impedir la entrada del frío. Manú no dormía. Estaba nerviosa

porque ese día era importante para ella. Pediría algo muy especial como regalo de cumpleaños.

El papá de Manú era el hombre más importante del pueblo. Era el Jefe de la Comunidad y además era doctor. Todos le traían sus hijos y sus animales cuando estaban enfermos.

Manuel Mamani escuchaba la enfermedad: a veces oía la sangre correr con una infección. Otras veces oía los huesos rotos de alguna pequeña llama, daba un tirón y ésta sanaba. El señor Mamani no cobraba dinero por sus servicios. Lo hacía para ayudar a la gente de su pueblo. Todos lo querían mucho. Muchas veces le pagaban con animales. Por eso tenía un rebaño de doce llamas que Manú cuidaba.

Cada cierto tiempo, el señor Mamani bajaba al valle e iba al Municipio a hablar con el alcalde. Conseguía muchas cosas buenas para el pueblo: dinero para hacer canales de regadío, corrales para que los animales no se murieran de frío en el invierno. Ahora último había conseguido

luz eléctrica y habían instalado la primera televisión.

—Muy feliz cumpleaños, Manú —dijo la mamá.

—Muy feliz cumpleaños, Manú —dijo el papá.

La abrazaron. Sus papás la querían mucho y Manú lo sabía. Entonces, la mamá puso la tetera a hervir en la cocina que estaba dentro de la sala. Sacó unas tortillas muy ricas, partió unas tajadas de queso fresco y en un plato puso polulos, un cereal inflado muy gordo. Era algo especial. Manú se puso muy contenta.

—Hoy bajo a la ciudad —anunció el papá de Manú, tomando una taza de té muy negro—. ¿Qué quieres de regalo de cumpleaños, Manú?

Ningún padre del pueblo de Chi-pana preguntaba a sus hijos qué querían de regalo de cumpleaños. No había mucho dinero para regalos en ese pequeño



pueblo. Pero Manú era muy querida de su padre y de su madre y, además, era hija única.

Manú los miró. Había llegado el momento de hablar.

—No me traigas nada papá —dijo—. Quiero un regalo de cumpleaños especial. Su papá y su mamá la miraron.

—¿Qué será lo que quieres? —preguntaron.

—Quiero que me den permiso para ir a la escuela en la ciudad —dijo Manú—. Quiero ir al colegio y aprender cosas. Aquí en Chipana no hay colegios. Yo podría vivir en Iquique con tía Eduvigis —dijo, mirando a su mamá.

—¡De ninguna manera! ¡Y menos con Eduvigis! —dijo el papá de Manú muy enojado.

Tía Eduvigis era hermana del papá de Manú y estaban peleados hacía años, porque ella no había querido vivir en Chipana.

—¡Hija cómo se te ocurre pedir ese regalo de cumpleaños! —dijo la mamá

mirándola muy triste—. ¿No quieres vivir con nosotros?

—¡Por supuesto que quiero vivir con ustedes, papá, mamá, los quiero mucho! —dijo Manú—. Pero es que en este pueblo no hay escuela y yo quiero aprender cómo son las cosas. Además, anoche tuve un sueño...

Entonces, el papá y la mamá de Manú se miraron muy preocupados. Manú a veces había tenido sueños que se habían cumplido. El año pasado había soñado que habría sequía y no había llovido en todo el invierno boliviano. Luego, había soñado con todo el pueblo iluminado en medio de la noche. Al día siguiente, había llegado la luz eléctrica. La gente le tenía respeto a los sueños de Manú.

—¿Qué soñaste, Manú? —preguntó la mamá.

—Algo raro —dijo Manú—. Soñé que venía una ola grande que iba subiendo por una montaña. Es decir, creo que era una ola, porque yo no sé cómo son. No conozco el mar.



El papá de Manú se quedó muy silencioso. Todos los años él pedía al alcalde una escuela para el pueblo. Y, año a año, le contestaban que no había suficientes alumnos para poner una escuela. Los niños que se iban a la escuela de la ciudad, no volvían. Preferían quedarse en la ciudad con sus parientes o vecinos. El pueblo cada vez tenía menos gente. Al final, no quedaría nadie y el pueblo moriría. Así había pasado con otros pueblos, pensó

el señor Mamani. Era muy triste, pero ésa era la verdad.

—Si te esperas unos años, yo te traeré una escuela, Manú —dijo su papá—. Te lo prometo. Pero no puedes irte a estudiar a la ciudad. Eres muy pequeña todavía.

—No soy muy pequeña —dijo Manú mirándolos con sus ojos brillantes—. Tengo que ir a la escuela ahora. No dentro de dos años. Es importante. Quiero aprender a leer y a hacer remedios para sanar a las personas. No puedo esperar.

—¡Basta, Manú! —dijo el papá enojado—. ¡Se acabó la discusión! Primero debes aprender a hilar y a teñir la lana. Como lo hacen todas las niñas de tu edad. Cuando sepas eso, yo te traeré una escuela aquí, a Chipana.

A Manú se le iluminaron los ojos.

—¡Pero papá, yo ya sé hilar y teñir la lana! —exclamó.

Eso era cierto. Había aprendido a hilar y a teñir con la señora Olaya, la tejedora más famosa del pueblo.

—¡Basta, Manú, no insistas! —dijo el papá, con voz fuerte—. ¡No puedes ir! Eres muy pequeña todavía. Y en cuanto a hacer remedios, el que más sabe de remedios aquí, soy yo, tu padre. Para eso no necesitas abandonarnos —y salió dando un portazo. Estaba enojado.

—No soy pequeña —murmuró Manú con lágrimas en los ojos.

La mamá la tomó en sus brazos.

—Después podrás ir a la escuela —dijo— o tal vez, tu papá traerá la escuela al pueblo, tal como ha hecho con la luz eléctrica. ¿Me ayudas a hacer la comida?

Pero Manú no pudo ayudar a su mamá ese día. Andaba distraída y se le olvidaban las cosas. Al final, la mamá le dijo que llevara a pastar a las doce llamas a los bofedales de más arriba, pero que las trajera temprano de vuelta.

—Está haciendo frío, hijita —dijo—. No te distraigas por ahí, mira que el viento es muy fuerte ahí arriba.

—Sí, mamá —dijo Manú.

Fue al establo y llamó por su nombre

a las doce llamas: Warki, Pelu, Sapsa, Coxsa, Pachi, Pocha, Colla, Mani, Tinti, Sansi, Olu y Wiksa. Vinieron saltando y le pasaban su suave cabeza parda por el pelo. Manú las abrazó a todas y partió con ellas y con su cayado hacia los bofedales. Se acercaba el invierno en el altiplano. Manú iba muy triste. Había tomado una decisión y sabía que la cumpliría con o sin permiso de sus padres. Algo le decía que era importante, muy importante ir a la escuela de la ciudad. Llegó al bofedal y se sentó en una piedra. Se tendió al sol del mediodía y se quedó dormida. De nuevo vio en sueños la ola que subía por la montaña. Cuando despertó, Manú ya tenía su decisión tomada. Pero para cumplirla, necesitaba de ayuda. Entonces se acordó de su gran amigo, Kunturo. Todos los niños del pueblo envidiaban a Manú por tener ese amigo.



—¡Kunturo me ayudará! —gritó Manú, al viento—. ¡Es el único que puede hacerlo!

Entonces Manú subió por el roquerío de la montaña. Trepó ágilmente. Manú era experta en subir las rocas. Trepaba como una vicuña, muy ágil, rápida y segura. Sus pequeños pies se posaban firmes entre las junturas de la piedra. Ya se le había acabado la pena. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Kunturo la ayudaría.

Kunturo

Mientras subía, Manú se acordó de cómo había conocido a Kunturo. Había sido hacía varios años. Un día, habían subido a la cumbre a buscar una hierba muy escasa, cuando de pronto, el papá de Manú subió sigilosamente por la saliente de roca hacia arriba. Era muy empinado y a Manú le dio mucho miedo ver a su papá al borde del abismo. Pero él no parecía tener miedo. Cuando el papá de Manú llegó a la cumbre de la roca, se detuvo asombrado. Sobre un nido había un gigantesco cóndor hembra que se quejaba y movía la cabeza. Estaba herida. Alguien le había disparado en el pecho. Se hallaba con las alas extendidas, muy cansada y respiraba entrecortado sin moverse. El papá de Manú comprendió que el cóndor estaba en peligro de muerte y se dispuso a sanarla. Le aplicó una cataplasma

de hierbas que la adormeció y trató de sacarle el proyectil del pecho. Pero no le fue posible. A cada intento que hacía de abrir la herida ésta se cerraba más y más. El cóndor estaba muy débil y escondía la cabeza entre sus alas. El papá de Manú comprendió que iba a morir y se puso muy triste. Entonces fue cuando Manú y su padre oyeron el sonido. Era un graznido muy divertido, como el de un gallo afónico que gritaba desde debajo del cóndor hembra moribundo.

—¡Hay que sacarle la cría! —gritó el papá de Manú, y corrió con su hija en brazos a buscar ayuda al pueblo.

Sólo entre cuatro hombres pudieron mover al cóndor, que ya había muerto.

Cuando el polluelo de cóndor apareció de debajo de su madre con restos de huevo en su cabeza, lanzó un grito tremendo que los hizo reír a todos. ¡Tenía mucha hambre! ¿Es



que todas esas personas que lo miraban no iban a darle nunca de comer? Manú trajo entonces las sobras de un asado que hubo el día anterior en su casa. El polluelo las comió mirándola fijamente y devorando todo con su gran boca. Desde entonces, Manú y él fueron amigos inseparables. Manú le puso Kunturo. Cóndor pequeño. Siempre que iba a pastorear, ella subía al nido de Kunturo y se subía sobre él mientras Kunturo agitaba sus alas que iban creciendo cada vez más. Y cuando ese verano Manú subió a la montaña, encontró ya a un cóndor adulto, gigantesco, que la miraba como preguntándole:

—¿Qué me trajiste?

—No te traje nada hoy —dijo Manú, subiéndose arriba de él y acariciándole la cabeza. Pensó que si su papá la hubiera visto subida sobre el cóndor, en el nido, le hubiera dado mucho susto. Pero era el lugar donde Manú se sentía más segura. Y dueña del mundo. Desde el nido de Kunturo se veían las nubes y más allá. Manú entrecerró los ojos y se durmió. Y volvió a

soñar con la ola gigante que subía la montaña. Despertó sobresaltada. Era muy tarde. Su mamá estaría preocupada. Se sentó muy cerca de su amigo.

—Kunturo —dijo—, te voy a pedir un favor muy grande. Necesito que me bajes todos los días a la escuela de la ciudad. Pero



que nadie nos vea, ¿entiendes? Debo ir a la escuela. Quiero aprender a leer —le explicó—. Pero también debo ir porque tuve un sueño de que algo terrible pasaba en esa escuela y yo lo evitaba. Vendré aquí todas las mañanas y tú me llevarás a la ciudad, me esperarás en el cerro Dragón y luego me subirás hasta mi casa. ¿Quieres hacerme este gran favor?

Kunturo la miró de perfil con su ojo inmenso. Manú le acarició. Kunturo movió la cabeza como diciendo sí.

—¡Gracias! —dijo Manú sonriendo—. Sabía que podría contar contigo. Ahora tenemos que ensayar el vuelo. No

me vayas a dejar caer, Kunturo. ¡Vamos! —dijo, espoleando el costado del cóndor con las rodillas—. ¡Vuela!

Kunturo comprendió. Agitó las inmensas alas que desplegadas eran más grandes. Y entonces, con cuidado, desplegó un vuelo silencioso y rasante, remontándose y bajando suavemente al gran bofedal. Manú iba sentada sobre él. Sintió el aire frío pasar por su costado. Y las plumas pequeñas del cuello del cóndor junto a su cara. Estaba volando por el cielo. Era maravilloso. Manú juntó las llamas y las arreó en fila hasta su casa. Ya sabía cómo iría todos los días a la escuela de la ciudad, sin que nadie se diera cuenta. Había solucionado su problema. Estaba contenta. «Kunturo me ha hecho el mejor regalo de cumpleaños que he tenido nunca», pensó, y corrió hasta su casa. Entró feliz y le dio un beso a su mamá. La mamá se quedó mirándola.

—Por suerte, los caprichos de Manú duran poco —se dijo—. Ya se le debe haber olvidado esa locura de ir al colegio en la ciudad.

En la ciudad

Al día siguiente, muy temprano, Manú llevó las llamas al bofedal y las dejó allí pastando. Le había dicho a su mamá y a su papá que ella llevaría las llamas a pastar todos los días. Sus padres se lo habían agradecido y habían pensado que Manú era muy colaboradora.

Apenas llegó al nido de Kunturo, vio que éste ya estaba listo, esperándola. Manú se montó en su cuello. Kunturo desplegó sus alas y comenzó a correr por la planicie. De pronto, con un salto, se lanzó al vacío. A Manú se le subió el corazón a la boca. Y se dio cuenta de que iban volando. Volaba por el altiplano sobre su amigo Kunturo que iba descendiendo en grandes círculos. Iba al colegio. Y llegaría volando sobre un cóndor. Era algo tan increíble, que Manú decidió mantener a Kunturo en secreto. Después de un rato de vuelo,



vieron los techos de las casas de la ciudad de Iquique. Uno de esos techos sería el del colegio. Kunturo aterrizó sobre una loma del cerro Dragón. Manú se bajó y le recomendó que no se moviera de allí. Se fue corriendo a la escuela. Cuando llegó, Manú vio a otros niños y niñas de su edad que iban llegando al colegio mientras la campana sonaba. Manú estaba feliz. Se acercó al grupo de niños y los saludó:

—Hola, ¿cómo están? —les dijo.

Entonces todos la quedaron mirando y se pusieron a reír, señalándola con el dedo. Reían y reían. Llamaron a otros niños que estaban cerca y pronto un grupo muy grande de niños se encontró alrededor de Manú.

—¿Qué pasa? —preguntó Manú—. ¿Qué tengo en la cara? Entonces sucedió

algo increíble. Los niños le hablaron atropellándose y riendo a carcajadas, mirándola y señalándola con el dedo.

Manú se dio cuenta de que no entendía una sola palabra. Los niños hablaban en sonidos extraños que Manú no comprendía. Era otro idioma. Una serie de sonidos raros, como silbidos de serpiente. Y que Manú no había oído nunca.

—Hola —dijo con mucha vergüenza—. Me llamo Manuela Mamani.

Los niños se secreteaban entre ellos. Hablaban frases y palabras extrañas. De pronto, una niña se adelantó y habló



palabras que Manú reconoció. Era una niña como ella, también pequeña, delgada y con el pelo oscuro muy brillante a ambos lados de la cara.

—Ellos hablan castellano —explicó la niña a Manú en aymara—. En las escuelas, todos deben hablar castellano. No nos permiten hablar aymara. Para venir a este colegio primero debes aprender a hablar castellano.

—Y tú, ¿cómo lo hiciste? —preguntó Manú, a punto de llorar.

La niña se encogió de hombros.

—Aprendí después de un tiempo —dijo—. Ellos no son amables. Se ríen de ti.

Entonces Manú se acordó de su papá y su mamá. Ahora comprendía por qué no querían que viniera al colegio en la ciudad. De pronto, una señora alta entró en el patio. Todos los niños se pusieron en fila empujándose unos a otros. A Manú le llegaron varios empujones. Los niños se reían mirándola. Uno se apretó la nariz y otro se puso las manos en los

ojos y se los achinó. Otro le imitó la manera de caminar. A Manú le dieron ganas de salir corriendo. Era un colegio horrible. La señora llevaba un delantal blanco. Los hizo entrar en la sala. Hablaba la misma lengua extraña que los niños. Manú no entendía nada. Mostró un mapa de colores hermosísimos, donde había un color azul que Manú no podía dejar de mirar. De pronto, la profesora le hizo una pregunta, en el idioma extraño, mirándola fijo. Manú enrojeció y tuvo un miedo terrible. No sabía qué decir. A su lado, la niña aymara, le susurró:

—Di «no lo sé señorita» —le dijo.

—Noloséssé'ñorittu —le salió a Manú trabajosamente. Transpiraba. Los niños volvieron a reír estruendosamente.

La profesora la miró silenciosa. Luego dijo «aymara» y otras cosas más que Manú no entendió. Nunca se había sentido tan desgraciada. Añoró a su papá y a su mamá. ¡Qué razón tenían en no querer que fuera al colegio de la ciudad! La profesora anotó algo en un libro gigante, sin

dejar de mirarla. Luego sonó una campana y los niños se desbandaron a sus casas. Las clases habían terminado por ese día. Manú llegó llorando al cerro Dragón. Se sentía muy infeliz. Sollozando, se abrazó al cuello de Kunturo y hundió su cabeza entre las plumas finas que como una estola de piel, le rodeaban el cuello. Kunturo esperó un poco a que Manú secara sus lágrimas. Luego, desplegando suavemente las grandes alas, remontó vuelo a casa con Manú agarrada a su cuello.

El mar

Pero Kunturo no quiso volar directo hacia el altiplano. Quería regalarle algo a Manú para que ella calmara su llanto. Entonces se dirigió al mar. Poco a poco, Manú vio aparecer la gran extensión azul y sonrió. Ese era el mar. El mar del que tanto hablaba su mamá. El mar de Chile. Era del mismo color que había en el mapa del colegio. Kunturo se paseaba planeando por sobre esa inmensa masa de agua oscura que parecía un tremendo animal adormecido. Manú miró hacia el horizonte y luego hacia la tierra. En el borde, una línea de espuma blanca, marcaba el contorno de la costa. Hacía viento y a Kunturo le costaba avanzar. Manú tenía mucho frío. Se lo dijo a Kunturo en una vuelta y este giró y se dirigió hacia el altiplano de vuelta. Llegaron cuando había oscurecido. Las llamas balaban desaforadas

en el bofedal. Asustada y muy triste, Manú las recogió y las fue llevando a su casa. Llegó cuando ya había caído la noche. Su mamá y su papá estaban muy preocupados esperándola en la puerta de casa.

—¿Dónde estabas, Manú? —preguntó, muy serio, su papá.

—Pastoreando las llamas —contestó Manú poniéndose muy colorada.

No le quedaba más remedio que mentir. Nadie le creería si contaba lo que había vivido ese día. Y todo era tan triste. Era todo tan difícil. De pronto, estuvo a punto de lanzarse llorando a los brazos de su papá y de su mamá y contarles todo lo que había vivido en ese día terrible. Pero se arrepintió. Tal vez no le creerían. Y le prohibirían ver a Kunturo, el único aliado que tenía en el mundo.

—¿Qué te pasa, hijita, estás enferma? —se oyó la voz de la mamá, en la oscuridad.

—No mamá, no me pasa nada. Creo que estoy un poco cansada no más. Me voy a acostar —dijo Manú, sintiendo

que las lágrimas rodaban por su cara. Se puso la gruesa camisa de invierno y se acostó, arropándose mucho. Al rato sintió que se sentaban en su cama. Sacó la cabeza. Era su papá con una taza humeante en la mano.

—Tómame esta agua. Es buena para la tristeza —dijo el papá.

—No estoy tris...ttezz... —sollozó Manú, tomando tragos del agua.

Mientras la tomaba, sintió que le daba sueño.

—Mi hijita linda —dijo el papá haciéndole cariño—. Sé lo que sientes, pero ya va a llegar el día en que puedas ir a un colegio donde enseñen nuestra cultura. El problema es que abajo, en la ciudad, hablan sólo castellano y se ríen del que habla aymara. Yo no te quería decir esto, para no desilusionarte. Tengo que conseguir que hagamos un colegio en este pueblo donde enseñen en aymara para que los niños sepan cosas de nuestro mundo que les sirvan para seguir viviendo aquí y no se vayan todos a la ciudad a ser

sirvientes. Si la gente sigue yéndose para los valles, nuestro pueblo se va a quedar vacío, y un pueblo sin gente es un pueblo muerto.

—Sí papá —contestó Manú abrazándolo.

Su papá era muy bueno. No le había querido decir lo del idioma para evitarle una pena. Y ahora ella lo había sufrido en carne propia. Y no lo podía contar a nadie. El sueño de ir al colegio se había esfumado. Pero igual, mañana, iría a ver a su amigo Kunturo, pensó. Aunque no fuera al colegio, tal vez podría dar otro paseo aéreo. Había sido tan maravilloso volar agarrada a su cuello. Era como sentirse dueña del mundo. Volar como los cóndores la hacía sentirse feliz. Y sin darse cuenta, se quedó dormida.

El plan

A la mañana siguiente, Manú amaneció llena de ánimo. El día anterior parecía haberse borrado de su cabeza. Tomó desayuno con apetito y partió al bofedal en medio de sus doce llamas regalonas. Se había trazado un plan. Si no podía ir a ese colegio, entonces daría vueltas por sobre la ciudad con Kunturo durante el día, mirando desde lo alto las ciudades y los pueblos. Aprendería mirando desde arriba. Pero sobre todo iría a ver el mar. Tenía que volver al mar. Era demasiado hermoso.

Corrió con sus llamas por los senderos del altiplano. Soplaban un viento fuerte, huracanado, algo tibio. Nubes oscuras se juntaban y corrían por la pampa del cielo. Manú dejó a sus llamas pastando en los jugosos bofedales y subió por la roca desnuda como una pequeña vicuña experta. Arriba estaba Kunturo. Sin un solo

movimiento, derecho en el nido. Dormía. Manú lo despertó acariciándole el plumaje del cuello. El joven cóndor se despertó y la miró como diciéndole:

—¿Quieres ir de nuevo a ese colegio de la ciudad donde se ríen de ti porque no hablas su idioma?

—No, Kunturo —dijo Manú—. No quiero ir más a ese colegio. Lo que quiero es que me lleves a dar una vuelta por el mar. No puedo olvidar el mar. ¿Lo harías por mí?

Kunturo miró la lejanía y luego asintió gravemente. El lazo entre Kunturo y Manú no se cortaría jamás. Manú se acercó a Kunturo y se montó en su cuello y lo espoleó suavemente con las rodillas. Kunturo pareció comprender. Kunturo comprendía todo. Lentamente, extendió sus alas gigantes y remontó vuelo. Manú se sintió cómoda y feliz, con el helado viento, cruzando a ambos lados de su gorro de lana. Tener un amigo como Kunturo era lo mejor que había en el mundo. Ya no le importaba no poder ir a ese colegio ni saber castellano. Sólo quería volar. Y ver el mar una vez más.

Entonces, Manú y Kunturo se quedaron boquiabiertos. El mar estaba muy cambiado. No tenía nada que ver con el hermoso mar del día anterior. Había perdido su color azul luminoso y su paz infinita. Gruesas olas metálicas y opacas estallaban contra la costa. Desde arriba se veía a los hombres que como hormigas corrían con sacos a la playa para armar una defensa contra la marejada. El mar estaba casi negro.

—No te vayas todavía Kunturo —rogó Manú. —Déjame mirarlo una vez más. Igual me gusta así. Es como si fuera un animal salvaje.

Entonces, Manú miró hacia abajo y la vio. Lejos de la costa, una altura de agua se enroscaba sobre sí misma levantándose muy alto, como el brazo de un gigante; un remolino de agua oscura que

se elevaba cada vez más. Era tan potente, y tanta amenaza había en aquel agua oscura, que hasta Kunturo se quedó absorto, mirando esta especie de montaña que se acercaba como un barco gigante y mortífero, hacia la costa, cada vez a mayor velocidad. Entonces Manú comprendió su sueño. Esa montaña de agua se precipitaría sobre el pueblo. Desde la costa los hombres no podían verla. Pero era real. Ella la estaba viendo ahora. Su sueño se había cumplido. Y comprendió que debía salvar a la gente avisando. De pronto, una idea tomó forma en su mente. Espoleó rápido a Kunturo que miraba la mole de agua avanzar hacia la costa.

—¡Rápido, Kunturo! —dijo— ¡Llévame al colegio!

El cóndor comprendió que se trataba de un asunto de vida o muerte. Giró sobre su cuerpo y se lanzó veloz al descenso sobre la rada del puerto, en la ciudad, mientras Manú se apretaba a su cuello para no caerse. Ahora volaba más rápido y daba bruscos giros con el ala. En el patio

del colegio, los alumnos asistían al acto cívico antes de entrar a clases.



El salvamento

De pronto se sintió un revolotear y todos, directora y alumnos, miraron hacia arriba levantando sus cabezas. Y todos vieron a la niña del día anterior, montada como una amazona sobre un cóndor inmenso amaestrado que se detuvo en el centro del patio, haciendo volar todos los papeles con la fuerza de sus alas. Manú bajó de Kunturo mientras todos los niños que la víspera se habían reído de ella, la miraban asombrados, sin poder pronunciar una sola palabra. Ni en castellano ni en ningún idioma. Estaban boquiabiertos. Era la misma niña de la que se habían reído. Era la misma niña distinta. La niña aymara que ahora venía como una reina volando sobre un cóndor. Manú miró a la directora y le habló. La directora no entendía tampoco su lengua. Manú comenzó a hacer gestos tratando de explicar que



una mole de agua se avecinaba sobre la ciudad. Pero nadie le entendía. Las profesoras creían que se trataba de una niña loca. La directora las apartó. Algo estaba tratando de decirle esa niña. De pronto alzó la voz y gritó:

—¿Quién sabe hablar aymara y castellano de entre ustedes? Entonces, se adelantó la niña del día anterior, la que le había explicado a Manú lo del idioma. Manú la miró y la remeció, con los ojos muy abiertos:

—¡Diles que viene una montaña de agua acercándose a la ciudad! ¡Diles que tienen que correr hacia los cerros! ¡Diles que pueden ir a mi casa en el altiplano! ¡Diles que mi papá es jefe de la comunidad! Él los hospedará hasta que la montaña de agua se aplaque. ¡Diles todo eso! ¡Rápido!

La niña se volvió a la directora y en castellano le explicó lo que Manú decía. La palabra tsunami hizo erizarse los cabellos de la directora. Corrió a llamar al alcalde por teléfono. Después organizó la evacuación de niños y niñas. Los padres y apoderados comenzaron a llegar por las calles, como locos. Muy pronto llegaron los camiones de la Municipalidad y comenzó la caravana de vehículos hacia arriba. Iban todos al pueblo de Manú, en

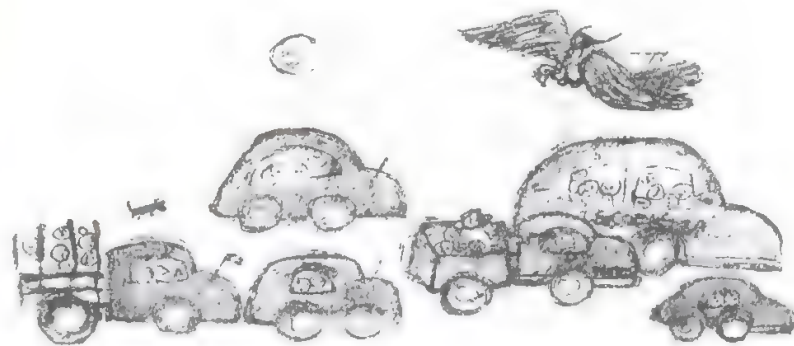
el altiplano. Ella, montada en Kunturo, que daba vueltas en redondo, guiaba la caravana larguísima de autos y microbuses que subía por el cerro hacia arriba, cada vez más arriba. Todos subían y subían y subían. Algunos iban asustados. Pero la presencia de Kunturo con Manú animando a todos, los tranquilizaba.

Entretanto, los papás de Manú habían recorrido todo el pueblo muy preocupados. Manú no aparecía por ningún lado. Habían ido casa por casa preguntando por ella, pero no estaba. No había llegado con las llamas. El papá de Manú había subido a los bofedales y había encontrado a sus doce llamas pastando solas. Manú no estaba por ninguna parte. La mamá de Manú se había puesto a llorar.

—¡Tanto que le gusta trepar por las rocas! —sollozó.

—Es experta trepando, no tengas miedo —dijo el papá de Manú, pero él también tenía miedo. Nunca Manú había desaparecido así.

De pronto, a lo lejos, una humareda se fue haciendo más y más grande. El primero en verla fue el papá de Manú. Venía gente, mucha gente, con algo volando sobre ellos. Y entonces, todos los habitantes del pequeño pueblo del altiplano vieron lo que nunca podrían olvidar. Una larga caravana de autos, camiones y micros, llenos de gente de la ciudad. Todo el pueblo venía subiendo, agitando los brazos y saludando a los habitantes del pequeño caserío. Algunos gritaban, o lloraban. Estaban muy nerviosos. Asustados. Y arriba de todos ellos, montada en Kunturo, como si hubiera nacido sobre un pájaro, venía Manú, guiándolos. El viento se había hecho más y más fuerte, y una



tormenta se avecinaba. El alcalde se bajó del camión donde venía y se aproximó al papá de Manú.

—¡Viene un tsunami! —dijo—. Tu-
vimos que subir. Una niña maravillosa de
Chipana nos salvó. E indicó hacia arriba,
hacia el cóndor, donde Manú sonreía a su
padre.

Kunturo aterrizó sobre la plaza del
pueblo y todos los habitantes se acercaron.
Se repartieron a los niños de la ciudad para
cuidarlos en las casas y el resto del pueblo
se acomodó en la plaza y en los caminos
de los alrededores.

Las señoras de Chipana comenza-
ron a preparar ollas grandes de comida y
al caer la noche todos estaban alrededor
del fuego, comiendo y comentando cómo
Manú los había salvado.

—¡Es increíble el valor de su hija!
—le decía el alcalde y la directora del colegio
al papá de Manú—. ¡No vaciló un momen-
to en venir a salvarnos! Ella es una heroína.

El papá de Manú miró a su hija.
Ella, muy colorada, dijo:



—Papá, mamá, ya sé que los deso-
bedecí y les pido perdón. Y contó cómo
había sido su primer día de colegio y lo an-
gustiada que se había sentido. Los niños se
acercaron y la abrazaron pidiéndole que
los perdonara.

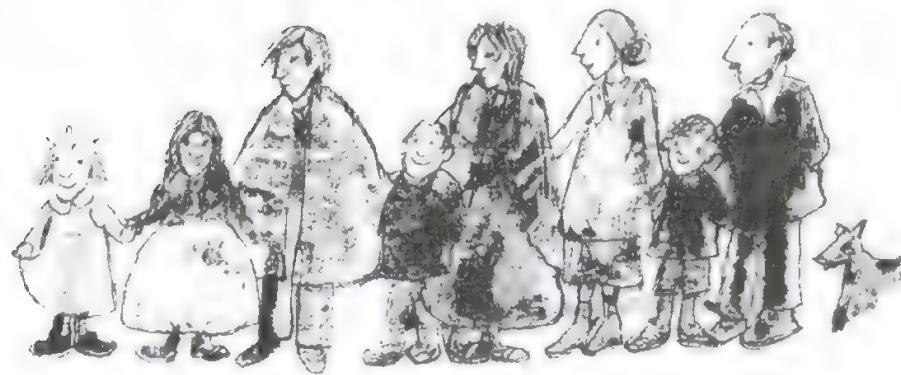
—Simplemente como no sabía-
mos tu idioma, creíamos que eras loca
—dijeron—. Pero eso no estuvo bien.
Por favor, perdónanos.

Entonces el papá de Manú miró al alcalde.

—Tal vez sería bueno que en los colegios se enseñaran las cosas en castellano y en aymara —dijo—. De nuestros pueblos podrían ir profesores que supieran aymara y enseñar las cosas que hay que aprender a niños aymaras y chilenos juntos. Al alcalde le pareció una buena idea.

La directora del colegio se acercó a Manú y a su madre.

—Estaría muy feliz si vinieras a mi colegio, Manú —le dijo—. Yo me comprometo a tener una profesora que



hable aymara y te enseñe en tu idioma. Y también tú aprenderás castellano para poder hablar con tus amigos en los recreos. ¿Qué te parece?

Manú le sonrió.

—Sí quiero —dijo en aymara.

La directora lo repitió en aymara. Y todos los niños del colegio de la ciudad repitieron la frase en aymara. Fue un momento muy hermoso. A lo lejos se sentía el rugir del viento y del agua lejana del mar. El papá de Manú se quedó un momento silencioso. Luego, miró a la gente de Iquique y al alcalde y a la directora y a los niños, las mujeres y los hombres de la ciudad y de su pueblo. Nunca los había visto juntos.

—Creo que ahora me gustaría que estudiaras en la ciudad —dijo el papá de Manú a su hija—. Porque estamos mucho más cerca y somos más amigos que ayer. Ya la ciudad no será una enemiga. Ni la gente de la ciudad se olvidará nunca de este tsunami ni de tu ayuda. Creo que ahora confío en la ciudad.

Todos aplaudieron y Manú abrazó muy fuerte a su padre y a su madre.

—¿Puedo ir con Kunturo al colegio? —preguntó.

Entonces, el alcalde se adelantó.

—Ese cóndor es un verdadero héroe —dijo—. En la alcaldía habrá siempre una fuente con carne especialmente dispuesta para él. Entonces, todos miraron para arriba y vieron al cóndor revolotear suavemente sobre la multitud. Todos aplaudieron. Y el papá de Manú dijo:

—Bueno, ha sido un día memorable. Pero ahora estamos todos muy cansados. Hay que irse a dormir.

Y, poco a poco, las luces de las velas y los chonchones de la plaza se fueron apagando y toda la gente de la ciudad y del pueblo de Manú durmió como si fueran hermanos. Desde lo alto, Kunturo bostezó como bostezan los cóndores y se dirigió a su nido, en lo alto de la roca. Manú, muerta de sueño, asomada a la puerta de su casa lo vio pasar y le hizo señas con la mano.

—¡Te quiero mucho! —le gritó.

Kunturo abrió y escondió sus garras en señal de saludo y desapareció en la noche.



ANA MARÍA DEL RÍO

Ana María del Río, conocida autora chilena de libros para adultos, incursiona también en la literatura para niños. Ana María es licenciada en Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica y se especializó en literatura latinoamericana en EE. UU. Ha publicado en esta misma colección *La bruja bella y el solitario* (1999) y *Lita, la niña del fin del mundo* (2004). Actualmente vive en el campo cerca de Talagante, el pueblo donde nació. Allí escribe, cultiva la tierra y los fines de semana recibe la visita de sus tres hijos y su nieta.

El cumpleaños de Manú	7
Kunturo	17
En la ciudad	22
El mar	28
El plan	32
Tsunami	34
El salvamento	37
Biografía de la autora	48



